

CUENTO N° 216

TÍTULO: LA TÍA EULOGIA

SEUDÓNIMO: DIEGO

AUTOR: CRISTIÁN ALFREDO ALONSO OLEA

La tía Eulogia

Diego

Esos ruidosos movimientos de platos y vasos que vienen desde el comedor, deben estar preparando la mesa para mi celebración, cumpla 65 años. Mediante mi computador controlo varios proyectos que me mantienen entusiasmado, me acompañan los amigos de toda la vida, esos libros escogidos que se aprietan en las repisas del escritorio, mi espacio vital.

Observo desde la ventana como el verde en sus diferentes tonalidades predomina en el jardín de la casa. La Adriana, con su habitual delicadeza, poda un limonero. Un picaflor revolotea entre las flores, mi mente se distrae, divaga, el tiempo se dilata y misteriosamente me retrotrae a otra ventana, más bien a un gran ventanal, de la época de mi niñez y adolescencia, un parque maravilloso y extenso, huele a campo, nostalgia, tiempos idos hace ya mucho, personas queridas que ya no están.

Segundo piso de una elegante casa estilo francés, varias habitaciones, algunos salones, una extensa mesa de comedor, servida habitualmente por un mozo de chaqueta blanca, muchos distinguidos invitados -siempre esperando que fueran aún más para no tener espacio- en esos interminables almuerzos, en los que no se me permitía hablar.

¡La visualizo tía! Tanto tiempo sin tener recuerdos suyos, veo perfectamente su imponente figura. Su mirada reflexiva y profunda infundía respeto y serenidad, algo ocultaba, parecía venir de algún misterioso lugar. Unos, los menos, la consideraban una santa, otros la miraban con extrañeza y preferían alejarse y los más afirmaban que su viudez la había hecho enloquecer.

Apareció en una tarde veraniega, en el campo que tenía mi abuelo en la localidad de Casablanca, descendió pausadamente del asiento del copiloto. Algo en su semblante me llamó la atención, caminaba lento pero erguida, sus piernas siempre hinchadas le impedían moverse con más velocidad, su figura era sencilla, pero distinguida:

- Diego, acércate, ven a saludar a tu tía ¿Te acuerdas de ella?
- No tata, disculpe señora no me acuerdo de usted.
- ¡Tu tía Eulogía pues!

Tenía algunos vagos recuerdos de una escalera larga en una casa del centro de Santiago, en la que vivía una tía, pero siempre he sido bastante distraído.

- Tú debes ser Diego, ¿no? Eras el que mejor se portaba en mi casa, tus hermanos eran unos bandidos, dijo sonriendo.
- ¡Siempre en la luna! Así es este niño Eulogia, pero es un buen niño.

Mi abuelo se exasperaba un poco con mi carácter reflexivo y soñador, él era muy enérgico, a sus 70 años seguía asistiendo a varios directorios, el campo era solo una forma de seguir activo en sus vacaciones. Tenía un cierto aire aristocrático, mantenía siempre distancia con los campesinos, ellos lo admiraban y respetaban, era el *Patrón*, alguien superior, del cual dependían sus vidas y la de sus familias. Recorría el campo en su camioneta, las escasas veces que lo vi montar lo hacía desde un tronco puesto especialmente para él, en su fino caballo overo, montura inglesa, elegantemente vestido, acompañado por su capataz, don Manuel, siempre muy servicial, cuya casa se distinguía de las otras por su color rojo y

adecuada mantención. En su interior colgaban varias riendas, lazos y espuelas, su hijo era el respetado domador de potros.

Mi abuelo se iba de viaje y traía a su hermana para que nos cuidara, desde los primeros días la tía nos inquietó con sus preguntas y conversaciones, tenía un áurea envolvente y cautivador. Con mis hermanos especulábamos sobre ella:

- ¡Se desdobra, separa el espíritu del cuerpo!
- ¡Lee la mente, seguro que sabe lo que estamos pensando!
- ¡Siempre se retira a la misma hora a su pieza!
- ¡Veamos que hace!

Una noche la observamos desde la ventana, estaba sentada en una silla, en una actitud meditativa, muy concentrada y con las manos en sus rodillas.

El campo es madrugador, comienza con el canto del gallo y el cacareo de los pavos. Algunos días, antes que me llevaran el desayuno a la cama, iba a la cocina, al territorio de doña Carmela, quien manejaba ese entorno con notable autoridad. Predominaba una cocina negra grande a leña, siempre prendida, con varias teteras y ollas humeando. Era un lugar muy particular, donde se comentaba todo lo que ocurría al interior de la casa y en las afueras, en el campo, fluían también todo tipo de anécdotas de este y del otro mundo.

Después de desayunar bajaba corriendo a la casa de los Vera, una familia de campesinos con numerosos hijos y algunos allegados, parecía una casa grande, pero descuidada, descascarada, sin pintura, una sola vez entré y rápidamente salí, su excesiva oscuridad me alejó, la imaginaba llena de arañas. Todo tipo de verduras en una surtida chacra, conejos, chanchos, gallinas, una vaca y un ternero, al cuidado de doña María, la dueña de casa, muy callada y trabajadora, iba y venía con ollas, lavaba y cocinaba. Su marido, don José, un tipo alegre, todos los domingos después de su pago semanal compraba en algún almacén cercano lo que la tierra no producía: aceite, azúcar y sal entre otros enceres, en la tarde montaba su caballo y se iba a la taberna, regresaba tarde borracho y durmiendo arriba del caballo.

Sus hijos solo asistían a la escuela unos dos o tres años, en Lo Vasquez, un centro religioso a muchos kilómetros de distancia, lo que impedía la continuidad estudiantil.

El Mingo Vera, mi amigo del fundo, lucía orgullosamente su nuevo jean, el esperado regalo navideño que mi abuelo les hacía a los hijos de los campesinos, que contrastaba con su calzado, las ojotas que aprendían desde niños a confeccionar.

- Vamos a la huerta Mingo, la fruta está verde pero bien sabrosa.
- Bueno Diego, pero no podemos pasar por la quebrada escondida, hay duendes.
- ¿Quiénes son los duendes?

- Unos hombrecitos bajitos, algunos son buenos, pero hay otros muy malos.

A medida que nos alejábamos del lugar, me iba contando sobre unos leñadores que habían sido asesinados con hacha y enterrados en el bosque de pinos, ahí ellos penaban, incluso a plena luz, era un cerro peligroso.

- En *Las Casas* penan Diego -a la casa patronal le decía las casas- cuando se murió el antiguo cuidador, se quedó ahí cuidando, en la noche la recorre.

Volví corriendo directo a la cocina donde la Carmela.

- ¿Carmela en la casa hay un fantasma?
- He sentido pasos, como que cerrara ventanas, me ayuda a cuidar la casa, dicen que le gustaba mucho su trabajo, por eso nunca se fue.

Les conté a mis hermanos, esas primeras noches dormimos muy asustados, creíamos escuchar los pasos o el cerrar de las ventanas, pero con el pasar de los días nos fuimos olvidando del cuidador.

En una noche veraniega atípica, llovía, mi hermano mayor insistió en que hiciésemos espiritismo, a pesar de que la tía nos había dicho que eso era peligroso.

- ¡No seas cobarde Diego!

Trajo una cartulina que tenía letras grandes y un vaso, nos sentamos alrededor de la mesa y puso el vaso al revés en medio de la cartulina, cerramos los ojos e hizo una invocación, nada pasó, al rato volvió a convocar a los espíritus, pero el vaso

no se movió, a la tercera convocación, sentimos un fuerte golpe en la ventana, un escalofrío recorrió mi cuerpo, el vaso comenzó lentamente a moverse, le hacíamos preguntas al espíritu y el vaso iba mostrando las letras, solo respuestas incoherentes, nos quedamos en silencio hipnotizados con lo que estaba ocurriendo, varios muy asustados retiraron los dedos del vaso, mi hermano y yo no podíamos, algo lo impedía, el vaso comenzó a moverse más rápido y sin control, la lluvia aumentó su intensidad, las puertas que protegían las ventanas comenzaron a golpear con fuerza, algo extraño las movía.

Finalmente logramos sacar las manos, pero el vaso seguía moviéndose a mucha velocidad. Nos abrazamos, mi hermana menor lloraba, se apagaron las luces, el terror se apoderó del lugar, sentimos unos pasos que se acercaban lentamente desde el exterior.

- ¡Es el fantasma del cuidador! - gritamos desesperados.

Tac, tac, tac...cada vez más cerca, ya contiguos a la puerta del living, esta se abrió, un grito desgarrador nos salió al unísono...apareció la figura de la tía, muy calmada, el vaso detuvo inmediatamente su movimiento, las ventanas dejaron de golpear, solo seguimos escuchando las gotas de lluvia que caían sobre el techo, prendió la luz, se acercó y haciéndonos cariño en el pelo nos dijo:

-Niños, no molesten a los del más allá y así ellos no los alterarán a ustedes, vivan en este mundo que es el que les corresponde, están aquí por algún motivo, averigüen ese motivo.

Nos fue a dejar a nuestra habitación, esa noche dormimos todos juntos.
Esas palabras, que mis hermanos rápidamente olvidaron, siguieron retumbando
en mi mente:

“Averigüen ese motivo, averigüen ese motivo”

Han pasado muchos años y aún no tengo la respuesta, sigo buscándola.

////////////////////////////////////